



© De la edición española:

 **Ediciones Librería Argentina**

Andrés Mellado, 46. 28015 Madrid. España

Tel: 91 5434781

www.libreriaargentina.com

MAQUETACIÓN: Equipo ELA

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS: Arturo Mesón

DISEÑO DE PORTADA: Equipo ELA

ISBN N° 978-84-9950-140-6

DEPOSITO LEGAL: M-5170-2015

Impreso en España

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total, ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros métodos posibles presentes o futuros, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

EL MISTERIO DEL PLANETA

BABAJI SIBANANDA



Ediciones Librería Argentina

Andrés Mellado, 46

Tel 91 5434781

28015 Madrid

www.libreriaargentina.com

Índice

Nota del editor	7
Babaji: la felicidad está a nuestra disposición	8
El sabor de Baba junto al Ganges	11
Testimonio de Carlos Campo	12
La semilla del amor	13
Testimonio de Gustavo Plaza	14
Prólogo de Senge Dorje	17
La sabia mirada de Babaji	20
E mail de Mercedes Medina	21
Entrevista hecha a Babaji por Publio Vázquez	22
Email de Margarita Guinard	27
Con el ejemplo sobraba, por Eli Herrero	28
Testimonio de Cesar Vega	29
Un recuerdo en mi corazón, por Quique Fidalgo	29
Babaji, por Neneta Herrero	32
Testimonio de Mario Andreu	34
Email de Pepa	35
Prefacio por Ramiro Calle	37
El misterio del planeta	63

Nota del editor

El editor tiene como principal interés propagar la enseñanza de Babaji Sibananda Brahmachari, también conocido como: Baba Shivananda, Lal Baba, el Baba, ó Babaji, tratando de poner el mejor precio a la obra para su difusión y poder así financiarla, haciendo un esfuerzo impulsado por esta noble motivación. La suma recogida se utilizará para poder seguir así refinanciando la obra y reeditándola si llega el caso.

El trabajo de Ramiro Calle no es en absoluto remunerado, como él mismo ha solicitado. El profundo deseo de Ramiro Calle, al que me une una larga y honda amistad, es que el mayor número posible de lectores inspiren e iluminen su mente con las palabras de Babaji.

**Babaji: la felicidad está a nuestra disposición
Encuentro con Baba Shivananda en Benarés (India)**

Boletín Ananta Invierno 2006

Conocer a Baba Shivananda es contagiarse un poco de su pureza y de su verdad, es entrar en una comunicación prodigiosa y profundamente serena. Utilizando quizá un centenar de palabras en español, Babaji explica desde su amorosa presencia donde está la felicidad total, la que no tiene opuesto. Está a nuestra disposición siempre, explica, pero sólo te llega si tú la buscas, si te expones a ello.

De una alegría que deja traslucir generosamente a través de sus ojos verdes y brillantes, este sadhu (renunciante), cuya edad no desvela ni se puede adivinar, inspiró en India la elaboración de este texto, durante una conversación que mantuvo con dos colaboradoras de la Fundación Ananta, en la habitación en la que vive y que él llama templo. Se trata de un cuarto de apenas nueve metros cuadrados de una pintoresca pensión en el corazón de la mítica Benarés -como seguimos llamando los españoles a Varanasi, la capital de Uttar Pradesh (India)- a orillas del sagrado río Ganges, donde ser incinerado permite quemar el karma y acabar con la rueda de las reencarnaciones, según la tradición hindú.

Para Babaji, el Amor grande -sin condiciones- es sinónimo de Dios y Dios, a su vez, “es todo, es felicidad”.

Y, para no olvidarse, todos los días va a la orilla del Ganges y allí permite que su alma “se una a la de Dios, que es la de todos”, y se contagia de ella para amar todo y a todos, y sentir cómo hay un “alma superior, que son todas nuestras almas juntas, que me llena de amor a mí y soy muy feliz”. El secreto de la felicidad es, por tanto, a su juicio, conseguir estar “en conexión con la gran alma” en todo momento y sin interrupción, e insiste en que el camino para ello es la meditación, desde la consciencia de aquí y ahora, “o la oración”.

Baba Shivananda, que se muestra convencido, en la misma línea, de que “todas las religiones son la misma cosa”, se refiere a la figura de Jesucristo como “un espíritu muy muy grande”, de “mucho respeto”, que se puede reconocer como bueno y sanador desde cualquier filosofía, y que a través de él hay quien entiende mejor la idea de Dios, “que es imposible para nosotros conocer, sólo sabemos que estamos mejor si está cerca”. Al pensar en el Cristianismo, destaca la coherencia del ex-jesuita Vicente Ferrer, a quien no conoce personalmente, y cuyos trabajos en Anantapur (Andhra Pradesh), al sur de India, benefician a un millar de poblaciones. Babaji cree que Ferrer ha entendido que “hay que trabajar mucho y trabajar bien” y considera que está “mucho más contento” que quienes viven volcados exclusivamente en su afán de ganar poder y bienes materiales para sí. Al respecto, entiende que la meditación y la oración dan el sentido, pero que es “muy importante hacer cosas para los demás: un hospital, una escuela...”.

Este sabio de pelo largo y piel oscura, siempre envuelto en una tela del color del fuego -de la renovación, del calor, de la transformación...- no sabe porqué tiene tantos amigos españoles y presume de aquellos que, teniendo en España una buena profesión o un pequeño negocio, dedican parte de sus beneficios y de su tiempo a algún proyecto en India. “Ellos también son más felices”, apostilla.

Con la misma rotundidad, este devoto de la bondad y de la vida trascendente califica de “idiotas” a quienes “hablan por hablar, para no decir nada”, distingue entre “los inteligentes, que hablan según el momento, y el sabio, que sólo habla si se le pregunta”, y descarta taxativamente la conveniencia de dar o recibir ningún consejo.

Babaji lamenta casi con ternura que “el mundo ahora está muy loco” porque la mayoría de la gente no piensa en dar sentido a su existencia, y se recuerda a sí mismo, antes de consagrarse a la vida de renuncia hace ahora 35 años, como

Babaji Shivananda

“un mono loco”. Sin querer entrar en detalles sobre su modo de vida de entonces, asegura entre carcajadas que le preocupaba el dinero, el confort y las mujeres, pero reconoce que en esa época vivía contra su naturaleza y sufría terriblemente.

En la actualidad está tranquilo y contagia tranquilidad a los dueños de la Family Guest House y del Chandan Restaurant, así como a huéspedes y clientes, a quienes no duda en recibir en su exigua habitación si vienen recomendados por su amigo Ramiro Calle, de quien conserva con celo exquisito correspondencia y libros con dedicatorias que hablan de la noble y sincera amistad que mantiene con este prolífico escritor y maestro de yoga español.

Baba Shivananda vive irradiando verdad, bondad y belleza, que quizá sean lo mismo en esa orilla del Ganges. Al conocer a Babaji, se da uno cuenta de que lo conoce desde siempre. Separarse de él es definitivamente imposible.

Berta Grasset y Lola Bastos

El sabor de Baba junto al Ganges

Lo repetiré mientras viva: viajar a la India con Ramiro Calle es como visitar Tierra Santa con Francisco de Asís. Una ración de paraíso en esta vida. Incluso la tristeza se hace gozo junto a él. Yo tuve ese privilegio, unido, además, al encuentro con Baba Sibananda. Fue en Benarés, junto al Ganges, allí donde se contempla el dolor, la muerte, la vanidad de todas las cosas. Y, aún así, es todo una celebración de la vida, del asombro, de la emoción.

Mi primer sentimiento hacia aquel yogui que parecía no tener nada, pero que era dueño de todo, es de inmensa gratitud. Fue él, que sabía lo que conmueve y salva, quien se ocupó de organizar la barcaza y séquito que me acompañaría, río arriba, para arrojar en las aguas sagradas del Ganges las cenizas de mi amadísima esposa. A Baba, que vivía en los adentros y prestaba atención a la voz del alma, le emocionaban estas cosas. Cuando le pregunté cuánto tenía que pagar al barquero y a sus hombres me contestó tan sólo con una sonrisa de oreja a oreja que traspasó el Ganges. Le invité, entonces, a venir a España. Rió a carcajadas, y exclamó con las manos en alto: “¡Qué chiste!”. Junto a él, Ramiro celebraba feliz la ocurrencia del amigo, al que abrazaba con su mirada. En medio de los dos, silenciosa y atenta, Luisa no se perdía detalle.

Ramiro y Baba sentían adoración el uno por el otro. Eran dos yoguis. Dos seres que compartían el secreto del vivir: una mente equilibrada. Bebían el néctar del presente. Se querían. A Baba se le iluminaba el rostro, cuando Ramiro se acercaba y era todo dicha cuando estaba junto a él. ¡Compartían tantas cosas! Oían, reflexionaban, meditaban. Capaces de convertir en delicioso lo más cotidiano, con ternura, como si nada. Era una dicha verlos juntos, bajo aquel sol recio de Benarés, mientras reunían a su lado, a la mañana, a la tarde, por el día, las ganas desnudas de vivir, firmes en su dar,

Babaji Sibahanda

en su amar. Los dos en el filo de la vida, el aire alto sobre el Ganges. En aquella placidez. En aquella plentitud. En la hondura del recuerdo que me acompañará siempre, siempre. Tanta belleza, os lo aseguro, fue verdad.

Jesús Fonseca

Testimonio de Carlos Campo

Querido Ramiro,

Muchas gracias por nombrarme en tus obras como compañero de andanzas por la amada India (cada vez la extraño más) y sobre todo en ésta "El Yogui", que me imagino saldrá con una foto de Babaji en la portada.

Que maravilloso homenaje a un ser que nos ha dado y nos sigue dando tanto, y que nunca podré agradecerte lo suficiente haberlo conocido, gracias a ti; para mi el auténtico yogui.

Me pregunto como será el ir de nuevo a Benarés y no verlo allí físicamente.

Carlos Campo

La semilla del amor

En una sociedad competitiva como ésta, donde impera el superhombre y se potencia el individuo socialmente activo y socialmente productivo, doy gracias al universo por su generosa aportación con la presencia de criaturas sensibles, compasivas, amorosas, sumamente reconfortantes y luminosas como lo era Baba Shivanada. Ejemplo primoroso de la acción pasiva, de incalculable valor. Productor incansable de buenos sentimientos y emisor de una luz pura y cegadora. Ser maravilloso donde los haya, que todo lo llenaba con su sola presencia, contagiando su paz y llenando de amor el corazón. Alguien con la capacidad de ser, estar y vivir. Con la sencillez y grandeza sólo digna de un Príncipe de los Cielos. Todo lo impregnaba de su calma y su bondad. Sumamente divertido e ingenioso, a la vez que puro, beatífico y profundamente amoroso.

Recuerdo con suma nostalgia aquellos encuentros junto al Ganges, donde generosa y pacientemente nos dedicaba su tiempo deleitándonos con su eterna sonrisa e iluminándonos todo con esos impresionantes y cristalinos ojos ambarinos que a todo el mundo enamoraban. Mirada difícil de olvidar la de mi entrañable y querido amigo del alma, que tenía la virtud de poseer una mente lúcida y un corazón muy tierno.

Baba Shivananda era de esos Seres que hacen el mundo más bello, y conocerle incrementaba el sentido de tu vida. Era de esas criaturas de cuya semilla brota el fruto del AMOR. Era activo y productivo en los niveles más sutiles, aquellos que gobiernan el mundo del espíritu, la verdadera esencia del Ser. Se hace difícil superar su ausencia en este espacio terrenal, pero todos los que hemos disfrutado del privilegio de su amistad le llevamos en nuestros corazones, allí donde se instaló para siempre y siempre permanecerá.

María Luisa Jiménez Marqués

Testimonio de Gustavo Plaza

Hace algunos meses desperté con el aroma de la India, sintiéndola tan cerca, tan mía. Recordando sus colores, sus sabores, su franqueza. Pensando en cuánto amo esta tierra de Bharat. Pensando en los amigos, en los ojos llenos de amor y humildad que he encontrado siempre a cada paso. Las caminatas por los Gaths, el Ganges y su flujo constante, las meditaciones cargadas de espiritualidad en las madrugadas, el sonido de las caracolas, los arathis en los templos. Los senderos polvorientos de Vrindaban, el mundo ecléctico e intenso de Varanasi, los tráficos interminables de Delhi, los calores insoportables, el agua congelada en los Himalayas; tanto que es imposible enumerar... pero de forma particular recordaba los ojos de Lal Baba, tan llenos de luz y generosidad.

¿Qué tienes India? ¿Por qué me atraes tanto? ¿Por qué? Un occidental "cuerdo" difícilmente se siente cómodo en tu tierra. Quizá eso sea... ¡No estoy cuerdo!

Y mientras pensaba y recordaba esta mañana a esta tierra que llevo en mi corazón me llegó un correo de mi querido amigo Ramiro Calle que me causó mucha pena. "Lal Baba, el respetado sadhu de Varanasi, ha dejado el cuerpo".

¿Quizá sea el mismo Lal Baba quién me ha causado tanta inspiración esta mañana? No suelo ser sentimental en casos como este, pero unas pocas lágrimas ruedan por mis mejillas, más que de dolor de gratitud.

Te extrañaremos Babaji, pero vivirás por siempre en los Gaths de Varanasi, caminando en Espíritu en constante adoración al Supremo Shiva. Vivirás en ese río, la Madre Ganga, que fluye purificando la vida de los peregrinos y refrescando en días de inclemente sol. Vivirás en nuestros corazones recordando el valor de la amistad, de la devoción y el servicio desinteresado. Gracias Lal Baba por tu sonrisa, por tus risas, por tus consejos y por tu amistad...

De forma especial quiero recordar mi encuentro con

Lal Baba. Mi querido amigo Ramiro Calle habla de Lal Baba en su libro “Conversaciones con yoguis”, y su entrevista es de las más llamativas. Ramiro me había dado coordenadas para encontrar a Baba en Benarés, ciudad santa de India, también conocida como Varanasi. Caminaba con mis compañeros de viaje por los Gaths de Varanasi buscando al Sadhu... cuando de repente dimos con el paradero de éste singular renunciante. Allí estaba Lal Baba, silencioso, sereno, tal como Ramiro Calle lo describió, con su mirada enfocada en el Infinito, con sus ojos llenos de compasión, con su sonrisa abierta y honesta.

“La felicidad está en tu interior, y nunca la encontrarás fuera de ti, pasamos la vida buscando ser felices con una esposa o esposo, con buenas comidas, con comodidades, con posesiones materiales, pero no nos damos cuenta que no importa que es lo que tengamos o poseamos, sino encontramos esa paz en nuestro interior, no podremos ser felices nunca. La verdadera felicidad es interior.”

Palabras sabias de un ser cuyo mirar era verdaderamente profundo. Sus ojos singularmente hermosos, a manera de joyas preciosas de tono azul verdoso, un contraste delicioso para su piel morena y su barba y cabellera plateada. Baba emanaba un delicado aroma que de alguna manera inspiraba santidad. Sus gastados ropajes ocres, representativos de la Orden de renunciantes a la que pertenecía, revelaban que su voto había sido tomado ya hace mucho tiempo atrás.

- Baba - le pregunté- ¿hace cuánto eres sannyasi?.
- Ahhh... Ya no recuerdo siquiera -sonríe-.
- ¿Qué edad tienes?
- Tampoco lo sé.
- ¿Tu gurú, Baba?
- Himalayas, en los Himalayas.

Lal Baba no era un mendigo como los miles de pseudo-santos que circulan por toda la India, sino un auténtico sannyasi... libre, totalmente libre de ataduras materiales o

mentales, pero con su mente y corazón fijos en Dios.

¿Quién imaginaría siquiera que éste sencillo sadhu, que diariamente vagaba en soledad por las riberas del Ganges en la ciudad santa de Varanasi, y que cada mañana el sol lo encontraba en profunda meditación yóguica, fuera el motor principal para fundar una escuela de educación básica donde diariamente se alimentan a más de 500 niños en la ciudad de Puri en Orissa? Pero Baba no se atribuyó nunca ningún crédito.

El sentido del humor llenaba el corazón de Lal Baba. Siempre gracioso y no dejaba de sonreír. Era conocido también en los Gaths de Varanasi como Sibananda Baba. Algo que nos dejó sorprendidos es que ¡hablaba español!

- Baba- le pregunté- ¿cómo podemos mejorar la meditación?

- “Es muy importante la alimentación, no comer carne es lo mejor. Si queremos profundizar en la vida espiritual cuidar la alimentación es determinante. En occidente la dieta es principalmente de carne, en un 90%, en Oriente la dieta es 70% vegetariana, y además la gente come solo pescado y pollo máximo UNA vez a la semana. Cuida lo que comes y podrás ver como tu capacidad de meditación se intensifica. Los alimentos de frutas y vegetales son sátvicos y nos regalan una conciencia sátvica. El Cielo y el Infierno habitan en tu interior, depende de ti ser un ángel o un demonio. Apégate a tu aspecto divino, no al demoníaco. Pranayama y concentración. Medita en Dios”.

Sencillez, sinceridad, humildad y alegría. Paz, amor, dicha y quietud. Sensaciones todas que definen haber estado sentado cerca de Lal Baba.

- Baba -le dije-, ¿alguna palabra que me puedas regalar para llevar en el corazón?

Me tomó de las manos y dijo:

- “Amigos por siempre... amigos por siempre”.

Gustavo Plaza

Prólogo de Senge Dorje

Hablar de Babaji es cómo tratar de resumir un libro extenso de trama, rico en giros y circunstancias impredecibles, un libro habitado por multitud de personajes entrelazados que compartieran un solo nombre. Pero sin duda es recordar a Benarés, la ciudad santa por excelencia de los hinduistas, tan santa como para los católicos lo es Roma, la ciudad eterna o para los islamistas la peregrinada Meca. Morir en Benarés supone liberarse del ciclo de reencarnaciones que encadena al ser humano a la tragicomedia que es la existencia.

En Agosto del 2010 me dirigía por segunda vez a contemplar, entusiasmado, ese amanecer único sobre las turbias aguas del Ganges que ofrece Benarés desde la noche de los tiempos, pues es la ciudad viva más antigua del planeta. En Benarés había explorado la orilla maldita, el lado deshabitado de la ciudad que se inunda durante el monzón y que en verano se transforma en una gran playa que termina en los lindes de una espesa, oscura selva; había buscado a los terribles agoraphantis, los yoguis caníbales y había meditado, presa del éxtasis que produce la visión de esos setecientos templos que se precipitan hacia el río, en Manikarnika, el ghat de la cremación. Hay que recordar que el Ganges está unido no sólo a la vida, dado que en un país flagelado por la sequía como es la India, todo estanque, fuente, lago y río se convierten en templos, pero el Ganges también es la gran sede del culto a la muerte, que encuentra su asiento indiscutible en estos escalones de piedra que se salpican con las burbujas de los anfibios carroñeros.

Pero me quedaba la última frontera: el saddhu más reconocido y amado de todo el subcontinente indio, un bengalí de ojos claros y luenga barba blanca tipo Gandalf y que se hacía llamar Baba Shivananda pero cuyo verdadero nombre permanecerá, ya para siempre, oculto. Muchas cosas son

las que aprendí de las palabras y del silencio de Babaji.

La amistad con Babaji fue una recomendación de Ramiro Calle, lo que para mí era garantía de un encuentro que presumía un hito en mi búsqueda personal de la Verdad. Babaji era un sannyasin, un renunciante, alguien a quien no le faltaría nunca comida, ni un techo dónde guarecerse del sol o de la lluvia. Ellos habían inspirado al hombre corriente y habían parido, con su ejemplo y durante siglos, a todos los hombres santos de La India.

Un saddhu como Babaji era un sannyasin consagrado al dios Zhivá, cuyas ropas son túnicas rojas al lavarlas en la sangre menstrual de su esposa, Parvati a quien reconocen como madre y también como amante. Baba Shivananda me explicó que, antes de convertirse en uno, tuvo que realizar una muerte simbólica, como forma de despedirse de las ataduras materiales que dificultan el renacimiento a una vida en la que sería un embajador de Zhivá. Esa noche me quedé dormido a su lado, cerca de las hediondas aguas del ghat dónde vivía, consciente de estar al lado de un muerto en vida. Era un hecho extraordinario, pues para mí la gente o estaba viva o estaba muerta, pero nunca en un estado intermedio.

Al día siguiente, después de desayunar una taza de chai y de nuestra ablución en el río, imprescindible para poder visitar limpio de pecado cualquier templo, le interrogué lleno de curiosidad sobre sus ritos y en eso apareció otro saddhu, un hombre esquelético con harapos negros y cargados con decenas de rosarios. Le seguía un chico muy joven, con la cabeza rapada pero con algunos mechones sin cortar, esparcidos dantescamente por toda la cabeza, como si fueran pequeños y rizados cuernos de chivo. Era bizco y vestía una túnica muy raída, que antes había sido de color blanco. Continuamente se secaba la boca abierta, de la que caían intermitentemente espumarajos. Cuando el saddhu vio a Baba Shivananda se arrojó a sus pies, lamiendo el suelo dónde los tenía apoyados. Babaji le acariciaba la espalda mientras el saddhu una y otra

vez se postraba a sus pies. En un momento dado se separó de él y abrió mucho la boca. Sólo se distinguía un único incisivo en la boca, grande y amarillo como el diente de una vaca. Miró al cielo con los brazos muy abiertos como si estuviera contemplando una aparición y empezó a temblar rítmicamente girando en dirección a su aprendiz. Cuando sus ojos le enfocaron, cerró esa boca ciclópea, gruñó y se arrojó sobre él como una fiera, liándose a golpes con él, agarrándole de la nuca y obligándole a postrarse ante Babaji. A nuestro alrededor se había formado un círculo de curiosos. El saddhu obligaba al muchacho a estar hincado de rodillas y cuando trataba de levantarse, le aplastaba de nuevo contra el suelo. Babaji, muy consternado, los invitó a marcharse y el saddhu y su pupilo se fueron, formando un gran bullicio.

Miré a Babaji, que movió la cabeza de un lado a otro.

-A veces la bendición de Zhivá vuelve loca a la gente -me explicó-.

-¿A dónde van? -le pregunté-.

-Quien sabe -me dijo mirando en dirección al ghat- nadie sabe nada en realidad, pero por allí se va al río.

De todo lo vivido esta pequeña lección sea posiblemente la que más destacaría. Conviví muchas veces más con él y pasé muchas otras noches a su lado, vencido por el sueño pero incapaz de abandonarle. Poderosa era su energía personal y su carcajada era continua. Le encantaba bromear, tomarse fotos y enseñar las que se había tomado con turistas y viajeros tan inoportunos y curiosos como yo.

Volví a verle en mayo del 2012, apenas unas semanas antes de que falleciera y se reencarnara en un pequeño, astuto ratón.

Senge Dorje

La sabia mirada de Babaji

En uno de los peores momentos de mi vida me invadió una intensa crisis interior que desencadenó y desembocó en una transformación fundamental en mi vida y la forma de estar en ella. Babaji Shivananda fue una de las claves de ese camino y el recuerdo de su serenidad es un recurso que acude continuamente a mi corazón en las encrucijadas del devenir.

En aquel momento en que me sentía perdido y desesperado, el recuerdo de un iniciático viaje a la India, me hizo concebir esperanzas de que allí, quizás, podría encontrar algunas respuestas. No sabía como empezar ni que hacer; preguntando algunos amigos con experiencias en la India, resultó obvio que quien podría orientarme era Ramiro Calle al que entonces no conocía, y ahora es uno de mis más queridos amigos.

Conseguí contactar con él. Con su extrema generosidad después de escucharme y ver mi aspecto desolado me propuso un plan: Tomemos un café cada dos semanas y cuando tenga claro lo que necesitas te lo diré. Seis meses después me dijo: vete tres semanas a la India. Primero ve a Benarés y busca en las escalinatas del Ganges a un hombre extraordinario el Babaji Shivananda. El está siempre allí , siéntate a su lado, cada día, durante una semana.

Llegué a Benarés, le busqué y me senté a su lado. Hablábamos poco pero "estábamos" . Su poderosa y humilde presencia, su actitud, su mirada, su profundidad, su autenticidad y el amor que presentías en su corazón, fueron suficiente. Algo empezó a calmarse en mi interior mientras permanecía a su lado viendo ante nosotros discurrir la intensa y bulliciosa vida en la escalinata y el Ganges.

Mi corazón empezó a recuperar la esperanza, empecé a sentir de nuevo la belleza, la paz, y mi alma se aliviaba simplemente respetando el estar allí, simplemente sentado al lado de un hombre que había renunciado a todo y te enseñaba con